





EDITORIAL

Desde los inicios de la pandemia de COVID-19 hemos alertado sobre el inevitable efecto de la misma en la salud mental de la población. Lo mismo hemos hecho en infinidad de notas periodísticas, convencidos de que en épocas de crisis sanitaria el rol de comunicadores es insoslayable para todos los profesionales de la salud. Hemos llevado el mensaje, también, a las autoridades políticas y sanitarias todas las veces que nos fue requerido, oportunidades en las que hicimos lo mejor que estuvo a nuestro alcance para transmitir la importancia esencial de la valoración del aspecto cultural –simbólico– de la pandemia.

En efecto, además de la indiscutible vertiente biológica –virus, infección, transmisión, epidemia, pandemia– el fenómeno que ha detenido la turbina del sistema global tiene una arista cultural, cuya descripción no se agota en dos ni en tres párrafos y que requiere de nuestra mayor dedicación desde lo académico para comprenderla y desde lo estrictamente sanitario para diseñar políticas públicas que la tengan presente. El aspecto que denominamos cultural abarca a su vez un conjunto diverso, que ha sido mencionado en numerosas ocasiones, y que incluye –como mínimo– la elección correcta de las palabras y las metáforas a la hora de comunicar en pandemia, el diseño de una política comunicacional como estrategia sanitaria de la mayor sofisticación, y la dilucidación de diversos fenómenos que en conjunto se han denominado conductas negacionistas, que ponen en jaque al menos una parte de la respuesta a la crisis.

No desarrollaremos aquí los dos primeros elementos mencionados –la importancia de la elección de las palabras y las metáforas más adecuadas para comunicar pandemia, y el diseño profesional de una comunicación específica como instrumento sanitario– ya que han recibido amplia atención en otros escritos y hasta en una reciente editorial en esta misma revista. Bajo el término “negacionismo” se incluyen prácticas sociales que no necesariamente tienen la misma raíz. El término aparece en la literatura política del siglo XX con un sentido bastante específico: describir a quienes sostienen la inexistencia de un hecho histórico incontrovertible. Su uso inicial se refería a quienes sostenían que catástrofes atroces como los genocidios judío, armenio o los producidos por dictaduras como la que azotó a nuestro país a partir de 1976 jamás habían existido. A quienes niegan lo innegable generando más horror aún se les llama negacionistas. En épocas pandémicas se llama negacionista a quien niega la existencia misma de la crisis sanitaria, del virus, de la eficacia de las vacunas o de la importancia de las medidas de cuidado de la población. El grueso de quienes sostienen posturas de este tipo pertenece a un conglomerado complejo, desigual, producto de corrientes diversas de nuestra cultura contemporánea que incluyen campañas políticas cuidadosamente diseña-





EDITORIAL

das para generar caos, medios de comunicación que ganan audiencia y dinero fabricando angustia, *fake news* que se multiplican *ad infinitum* gracias al efecto mariposa de las redes sociales, Estados nacionales que no comprenden ni valoran la comunicación como herramienta política, campañas subterráneas nacidas de la geopolítica de la pandemia –fenómeno poco visibilizado pero de enorme gravitación– y un pequeño pero influyente número de médicos comunicadores que no siempre atinan a ubicarse del lado del interés común.

Como resultante, una proporción variable de personas se niega a vacunarse. Además de la inaceptable injusticia en la distribución mundial de las vacunas –el caso africano es el ejemplo más claro y flagrante–, la negativa de parte de la población a recibir la vacuna contra el coronavirus es, hoy por hoy, uno de los mayores problemas sanitarios a nivel global. Más acusado en algunas regiones que en otras, pero presente en casi todos los países. En el nuestro, la resistencia mayor pareciera estar de lado de padres y madres de niños de entre 3 y 11 años de edad –grupo que ha sido objeto de una intensa campaña de desinformación– y en menor medida de jóvenes de entre 20 y 40 años que no acuden a recibir la segunda dosis, probablemente por no considerarla necesaria –otra vez, un déficit en la comunicación estatal–.

Sabemos hoy, sin lugar a dudas, que la vacunación es el camino principal para frenar la pandemia ocasionada por el Sars-Cov-2. A mayor proporción de población vacunada, menor circulación y menor morbimortalidad. La transformación de la pandemia en endemia depende críticamente de la vacunación universal.

Por ello, y a pesar de la invariable postergación sanitaria de la salud mental, área especialmente afectada por la pandemia, los psiquiatras del mundo debemos convertirnos hoy en agentes multiplicadores de la campaña de vacunación de todos y todas. Esclareciendo a los confundidos, persuadiendo a los indecisos y reclamando a las autoridades mundiales la distribución equitativa de una herramienta de supervivencia que debería ser declarada patrimonio de la humanidad.

El difícil momento histórico nos lleva a recordar ese maravilloso pasaje de Freud (1924) en el que el creador del psicoanálisis sostiene que salud mental consiste no solo en no desmentir la realidad sino también en trabajar incansablemente para transformarla.

Santiago Levín

